



Ante la aparición de «El oro de Moscú»:

Entrevista con Angel Viñas

Ricardo Dessau

A fines de 1976, el gobierno español ordenaba el secuestro del libro «El oro español en la guerra civil», del profesor Angel Viñas, editado por el Instituto de Estudios Fiscales del Ministerio de Hacienda. Nunca se dio una explicación oficial que justificara dicha medida, doblemente absurda si se tiene en cuenta que la obra había sido publicada con el aval de un alto organismo del Estado. El libro, «técnico» en el sentido de que constituía una detallada exposición económica (con cerca de cincuenta cuadros estadísticos) sobre la financiación exterior de la guerra por el lado republicano, era el resultado de una investigación de tres años en los que el autor consultó documentos hasta ese momento inéditos. En él se dedicaba un extenso capítulo al destino del oro español en la Unión Soviética, y se trataba, aunque con menor detenimiento, la venta de oro y plata a Francia y los Estados Unidos.

Desde su accidentada publicación, el interés de Viñas (técnico comercial del Estado, catedrático de Estructura Económica y antiguo agregado comercial de España en Bonn) fue creciendo en relación al polémico tema de «el oro de Moscú», hasta desbordar su faz propiamente «especializada». Así, el punto de arranque originario se enriqueció de un enfoque histórico y político en el que las relaciones hispano-soviéticas pasarían a ocupar un primer plano, y se convertirían en el ariete interpretativo no sólo de la operación del oro, sino también de aspectos esenciales de la estrategia seguida por la República durante la guerra civil. El resultado de esta transformación es «El oro de Moscú», libro en el que, apelando siempre a testimonios documentales, se analiza fundamentalmente la intervención de la Unión Soviética, su asistencia financiera y militar y su influencia decisiva en el frente político interno de las fuerzas que lucharon contra el fascismo.

El autor ha publicado con anterioridad, entre otros trabajos, «El 18 de julio y la Alemania nazi» y sendos estudios monográficos sobre la no intervención francesa y el bombardeo de Guernica. Sobre su último libro, que aparecerá en el mes de junio, versa centralmente la entrevista que publicamos a continuación.

—Usted ha publicado varios estudios sobre aspectos parciales de la guerra civil. Al cabo del tiempo, ¿no se ha visto tentado de escribir una obra global sobre el tema?

—Todo aquel que se aboca a la tarea de escribir un libro, lo hace, sin duda, por una serie de razones objetivas, pero también, y en última instancia, por razones personales. En mi caso, estas razones personales no son otra cosa que un gusto acendrado por la investigación minuciosa, por descubrir ciertas cosas que aún no han sido descubiertas o que están veladas por la controversia. Esto, desde luego, me ha llevado a la realización de esos estudios monográficos a los que usted alude, los que se

apoyan en ocho años dedicados casi íntegramente a la investigación del tema de la guerra civil. Durante ese lapso, a partir del análisis de documentos y de la consulta de gran parte de la bibliografía existente, me he ido formando una idea definida sobre el marco interpretativo de la guerra, que sería muy fácil volcar en una obra global. Sin embargo, lo más probable es que nunca llegue a escribir un trabajo semejante, porque seguramente surgirá otro tema monográfico, especializado, que me atraerá más. Quizá porque el desafío aquí es mayor, ya que, en última instancia, embarcarse en una monografía es hacerlo en una empresa mucho más difícil que la que

representa una obra global. Además, este gusto por la investigación de detalle se ve correspondido por la existencia de ciertos ámbitos de la guerra que todavía no han sido explorados. Yo, al menos, conozco tres o cuatro que he determinado con precisión.

—¿Cuáles serían esos ámbitos?

—Hay uno, por ejemplo, que es el de los intentos alemanes por establecer una cabeza de puente en la economía española durante la guerra civil. Sobre este punto se han escrito algunos libros, incluso se han hecho algunas investigaciones monográficas, pero en ninguno de estos trabajos se ha visto el problema en profundidad, aparte de que los trabajos mismos no están documentados suficientemente. Este, por lo pronto, sería un tema que me gustaría abordar. Pero hay otro tema: el de la financiación interna de la guerra civil. Aquí sabemos unas pocas cosas, por ejemplo que la guerra se financió con cargo a las emisiones de moneda del Banco de España, lo cual, claro, se sabe desde el mismo año 36. Pero nada se sabe, en cambio, de los mecanismos de esta financiación, ni, sobre todo, de sus repercusiones. Finalmente, un ámbito totalmente desconocido es el del comercio exterior durante la guerra. El tema lo he rozado apenas —aunque sólo en lo que atañe a la parte «nacional»— en un trabajo económico que aparecerá próximamente. Este punto, como los otros dos, requiere todavía una investigación exhaustiva, y para todos ellos he acumulado ya bastante documentación.

—Obviamente, estos ámbitos son estrictamente económicos. ¿Hay algún otro que no lo sea?

—Sí, uno relativamente poco conocido: la política exterior de Francia respecto a la República. Este es un tema que también está aguar-

dando una monografía, la que seguramente será escrita cuando se abran los archivos franceses...

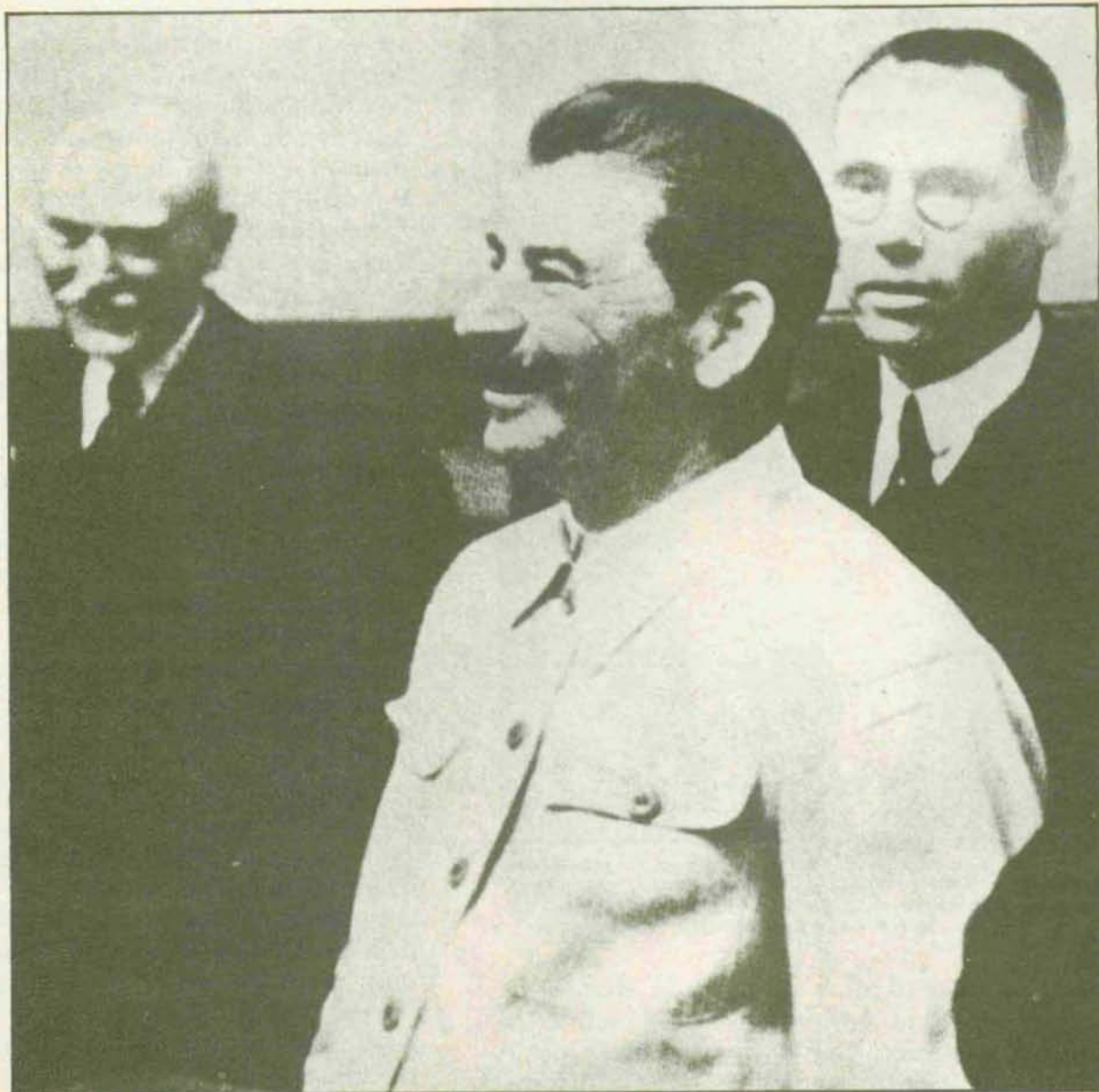
—Algunos autores sostienen que Inglaterra era la que verdaderamente estaba detrás de Francia en su política de no-intervención. Concretamente, este es el caso de Pierre Broué, que así lo señala en su libro «La revolución española». ¿Es sostenible esta interpretación?

—Antes que nada hay que puntualizar que los ingleses no habían previsto el estallido de la guerra civil. Esta los tomó por sorpresa y, en consecuencia, tuvieron que formular sobre la marcha una política a la que, de alguna manera, le faltaba programación o planificación. Sin embargo, hay un dato innegable: desde que estalló la guerra, la reacción en Inglaterra fue negativa con respecto a la República. Y esto por dos razones: primero, porque con ella se alteraba el statu quo en el Mediterráneo; segundo, porque en los círculos dominantes de la época se la presentó como una república «roja», desbordada por los elementos extremistas, anarquistas y comunistas, y «sovietizada» ya desde fecha muy temprana. Naturalmente, los ingleses no hicieron nada por ayudarla, aun cuando, a tenor de las afirmaciones del entonces ministro de Relaciones Exteriores, Anthony Eden, la idea de no-intervención no nació tanto en Inglaterra como en Francia. Lo cual no significa, desde luego, que Inglaterra no viera esta actitud francesa con simpatía.

«De todos modos, no quisiera caer en esa actitud, tan frecuente en los autores, españoles o no, que escriben sobre la guerra civil, que consiste en condenar en bloque la política inglesa hacia la República. Existe, al respecto, una brecha entre los estudiosos de la guerra civil y



El Banco de España, centro de un mito prólijamente elaborado por el franquismo, y que se mantuvo, incuestionado, durante casi cuarenta años. La obra de Viñas lo desmonta pieza por pieza.



Stalin salvó a la República en el otoño del 36 y, contra todas las dificultades de orden internacional, mantuvo su ayuda hasta el final. En ciertas áreas, la contribución soviética fue superior a la prestada por las potencias fascistas a Franco.

los expertos en la política de defensa y la política interior británicas. Estos últimos han venido a demostrar que, por aquellos años, Inglaterra se estaba rearmando, y que se hubiera rearmado mucho más rápidamente de no haber sido por los obstáculos financieros que oponía el Tesoro. De tal modo que la política británica de apaciguamiento, tan denostada, era también una cobertura ideada a los fines de que Inglaterra pudiera prepararse para un eventual conflicto con Alemania. Y en esa formulación estratégica, España, Austria, Checoslovaquia, eran países que, ciertamente, debían caer ante la expansión nazifascista, algo que Gran Bretaña no podía impedir en la medida en que no estaba preparada todavía para dicho conflicto.

—La entrega de Checoslovaquia, en Munich, ¿formó parte de esa táctica dilatoria, o, por el contrario, representó una medida con la cual se pensó que se contendría definitivamente el expansionismo nazi?

—Las dos cosas a la vez. No hay que olvidar

que Chamberlain creía en la sinceridad de Hitler. Y tras la firma de ese terrible pacto en Munich, que consolidaría, además, el destino de la República, el mismo Chamberlain, de regreso en Inglaterra, pronunciaría aquella famosa frase de «hemos salvado la paz; las aspiraciones de Hitler están satisfechas». No obstante, hay que subrayar que Inglaterra seguía rearmándose. Pero, así y todo, cuando en marzo de 1939 Hitler vuelve a invadir Checoslovaquia y se anexiona el resto del país que no había incorporado previamente al Reich, la decepción en los círculos conservadores británicos, en el gobierno británico, es total. Y unos días después de esa intervención, Inglaterra da su garantía a Polonia. Claro, para la República ya era demasiado tarde. La República continuaba todavía la lucha, pero tras el golpe del coronel Casado en Madrid, no había ya nada que hacer.

«En síntesis, España fue sacrificada, y los círculos del gobierno británico adoptaron una actitud de extrema frialdad ante la República.



Álvarez del Vayo, una de las pocas figuras del gobierno republicano que tuvieron en sus manos documentación clave sobre las relaciones hispano-soviéticas de la época. Hoy, gran parte de esa documentación ha desaparecido.

¿Habría sido de otro modo si la República hubiese podido continuar manteniendo la guerra, si hubiera habido un gobierno más o menos representativo en la zona republicana, por la época de la garantía británica a Polonia? Todo esto pertenece al campo de las especulaciones, claro, pero, en cualquier caso, lo que está fuera de duda es que a la República le tocó el peor momento de aquella política de apaciguamiento, sencillamente porque la guerra civil estalló muy pronto, cuando todavía no se percibía la expansión nazi como una amenaza inmediata.

—Usted se ha referido a la imagen «extremista» asumida por la República frente a Inglaterra. ¿Significa esto que de no haber estallado la revolución dentro de la guerra, se hubiese logrado, quizás, una actitud más favorable de parte de las potencias occidentales?

—Posiblemente. Lo que se sabe es que el estallido de la revolución social empañó brutalmente la imagen de la República en el exterior. Sobre todo, en las potencias burguesas. No había alternativa: estalló la guerra y, como consecuencia, estalló la revolución. Pero el estallido de esa revolución, que traducía una serie de procesos históricos muy importantes

en España, fue fatal para la República y para su política internacional. De ahí la trascendencia que atribuyo a la actitud de Stalin y del Partido Comunista Español en el sentido de refrenar la revolución, de hacer exclusivamente la guerra, de mejorar la imagen de la República ante los gobiernos francés y británico, para promover, si no una intervención directa en su favor, sí en cambio la adopción de una actitud mucho más favorable a ella. Esto, finalmente, no se logró. Pero, desde luego, Stalin vio el problema desde el primer momento: se comunicó con los dirigentes republicanos, y la famosa carta a Largo Caballero es un buen testimonio de ello. En cuanto a la carta en sí misma —su contenido fue posteriormente reiterado al doctor Negrín—, yo no creo, al revés de lo que se afirma corrientemente en la literatura, que haya significado una injerencia soviética en los asuntos internos de la República, ni tampoco que Largo Caballero se haya sentido afrentado por ella. Esto último, al menos, no está documentado. Pero volviendo al tema de la revolución, no se pudo evitar su estallido, ciertamente, y esto sellaría el destino de la República. Sin embargo, también una guerra se hace con entusiasmo. En la medida en que hubo revolución, hubo entusiasmo. Cuando la revolución fue contenida, el entusiasmo, en muchos sectores, declinó. Con todo, lo que debe quedar claro es que, en última instancia, no se podía ganar la guerra con el recurso a una revolución.

—¿Cómo juzga usted, en líneas generales, la intervención soviética en la guerra civil?

—Este es un tema muy complejo, ya que, de alguna manera, representa el aspecto central de la política republicana. No obstante, se pueden hacer algunas puntualizaciones. En primer lugar, Stalin no estaba interesado en establecer en España una república popular. Era lo suficientemente lúcido como para darse cuenta de la inviabilidad absoluta, en la configuración geopolítica de entonces, de semejante construcción. Pero, por otro lado, la República dependía de la ayuda soviética, en la medida en que no contaba con la ayuda de los Estados Unidos, ni la de Francia, ni Gran Bretaña. La propia retracción de las potencias democráticas occidentales impelía a la República a apoyarse cada vez más en la URSS. Como consecuencia de la ayuda soviética, se revalorizó mucho, dentro del campo republicano, el papel del PCE, de las formaciones comunistas y de las unidades militares dirigidas por jefes comunistas. Otras fuerzas políticas, en cambio, como los anarquistas y los socialistas, pasaron a un segundo plano aun cuando curiosamente en los gobiernos repu-

blicanos el Partido Comunista tuvo una significación bastante escasa. En realidad, sólo se hizo cargo de dos carteras, y éstas, a su vez, no eran de las más importantes.

«En segundo lugar, se debe subrayar que a Stalin le sorprendió el estallido de la guerra civil y que, además, tardó en decidirse a intervenir en ella. Cuando finalmente intervino, lo hizo con cierta reluctancia. No exigió, en principio, nada a cambio (y todas esas famosas historias del oro las podemos olvidar). Aclarado este punto, es conveniente consignar que la intervención soviética salvó a la República en el otoño del 36. De no haber sido por ella, la República hubiera caído ante el acoso franquista. Y es evidente que Negrín —que, en mi opinión, es uno de los políticos más lúcidos y más extraordinarios del período de la guerra civil e incluso de toda la experiencia republicana— tuvo que apoyarse necesariamente en la URSS. En estas condiciones, la URSS era el único soporte de la República.

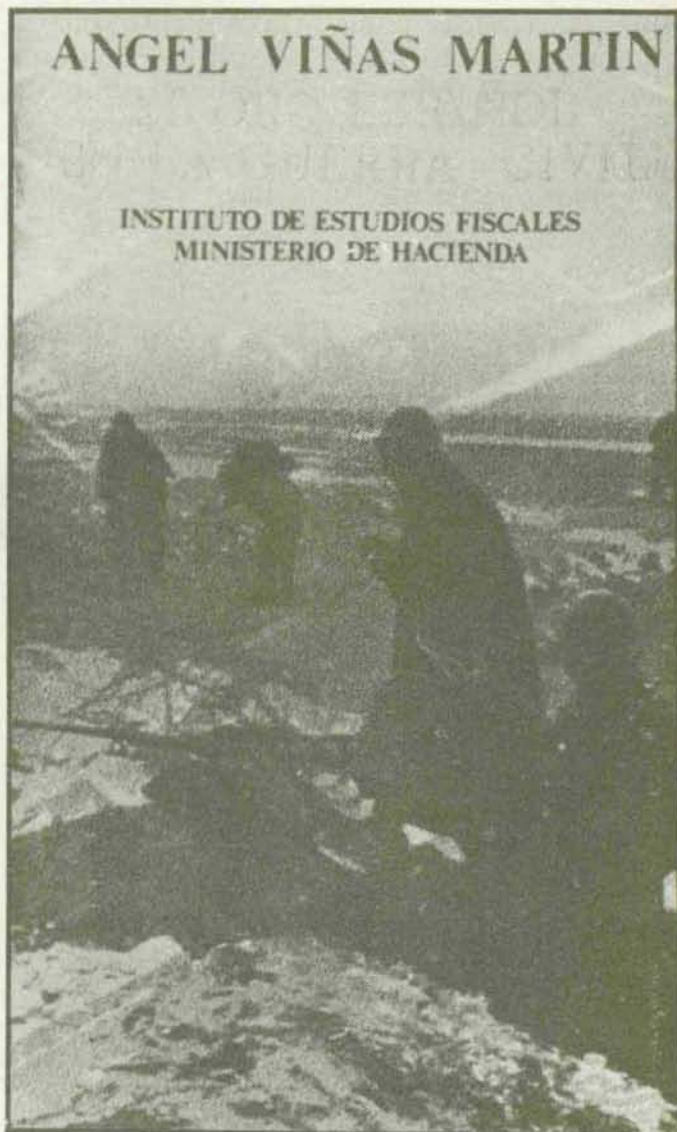
—Volviendo a la alternativa guerra-revolución, está claro que ésta tuvo su correlato en la lucha a muerte entre comunistas y trotskistas. ¿No constituye éste el aspecto negativo de la intervención soviética en España?

—Creo que, respecto a este punto, se debe introducir una matización importante. En principio, no hay ninguna duda de que, al amparo de esa intervención, Stalin proyectaba sus propias necesidades de política interior en el exterior, y evidentemente esto lo podía hacer sin ningún problema en España. Sin embargo, estoy convencido de que dicha proyección responde a un tipo de necesidad, de argumentación y de interés absolutamente distinto del que alienta la intervención soviética al lado de la República en la guerra civil. De alguna manera, la lucha a muerte contra el trotsquismo que Stalin desencadena en los años 30, se traslada a los partidos comunistas del exterior y se traslada también a España. Y claro, se asesina a Nin. Pero esto, que es lamentable, creo que no opera en el mismo nivel en el que Stalin va formulando su política general con respecto a España, con respecto a la guerra civil y con respecto a la República. Se trata, en mi opinión, de dos líneas que no se superponen. Una cosa es la política exterior de Stalin durante aquellos años, una política muy fría, extremadamente lúcida, atenta esencialmente, eso sí, a los intereses de la URSS, aunque al mismo tiempo generosa (y esto no lo digo como admirador de Stalin, ni mucho menos), y otra cosa es su política interior, su confrontación con el trotsquismo, que es de una miopía extraordina-

ria. En el caso español, estas dos líneas coinciden muy claramente porque de alguna manera Stalin podía eliminar al POUM (y de hecho eliminó a los trotskistas allí donde pudo), aunque creo que no se debe interpretar a través de esta óptica de política interior la política internacional de Stalin.

—¿Fue, en verdad, tan generosa la política exterior de Stalin en relación a la República?

—Respecto de este, como de tantos otros puntos, no es mucho lo que se sabe con certeza, ya que los rusos no han abierto sus archivos, y no han publicado nada más o menos serio, documentado, sobre el tema. Pero lo que sí se sabe es que, a pesar de las tensiones que en política exterior padecía la URSS, Stalin mantuvo su ayuda hasta el final, y que incluso la aumentó al final, cuando, en realidad, ya era demasiado tarde. Además, el Pacto de Munich, que en la literatura se ha señalado como la circunstancia decisiva que ponía el punto final a la República, no echó atrás a Stalin, a pesar de que



Portada de la obra sobre cuya base ha sido elaborado «El oro de Moscú». Aquel primer trabajo fue secuestrado a finales de 1976 por el gobierno Suárez, a pesar de estar avalado por una institución oficial. Nunca se dieron explicaciones oficiales sobre el origen de la medida.

éste por aquella época tenía un problema muy grave en Asia con Japón, cosa que hoy frecuentemente se olvida. En este sentido, hay que subrayar que para la URSS el frente asiático era muy importante. Por otra parte, algunos documentos publicados por los rusos muestran que la actitud de Stalin ante Munich fue menos capituladora que la asumida por los franceses y los británicos en las mismas circunstancias. De hecho, hubo una oferta de asistencia rusa a Checoslovaquia, en el caso naturalmente de que Francia cumpliera sus compromisos contractuales con la URSS. Pero como Daladier no entró en el juego, los rusos no intervinieron. En resumen, a pesar de la peligrosidad que el frente internacional ofrecía para la Unión Soviética, ésta tuvo una actitud mucho menos capituladora ante la Alemania nazi que la que se le suele atribuir.

«Otra cosa es que posteriormente, una vez constatada, tras Munich, la incapacidad de las potencias democráticas occidentales, Stalin procurara llegar a un acercamiento con la Alemania nazi. Hoy sabemos que los contactos con Alemania nunca se habían interrumpido. Pero en política internacional, siempre se trata de un juego sutil; jamás hay una política terminante. Para Stalin, la defensa de los inte-

reses nacionales y específicos de la URSS era el objetivo fundamental, como lo es, por otra parte, para cualquier otro régimen en política internacional.

«Sin embargo, como ya se ha dicho, dentro de esas limitaciones ayudó a la República hasta el final. En ese espíritu fue comunicando a los sucesivos gobiernos republicanos los propósitos que alentaba la política de su país, que por otra parte el embajador republicano en Moscú, el doctor Marcelino Pascua, un hombre brillante, captó perfectamente desde el principio. Es decir, que el gobierno republicano estaba bastante informado del tipo de ayuda que podía esperar de la URSS y de la forma en que esta ayuda se iba a materializar. Lo cual no excluye que hubiera fricciones, naturalmente, porque algunos sectores del gobierno entendían que la ayuda era insuficiente, y que el material de guerra también. Pero la verdad es que los cálculos hechos por expertos militares muestran —y en mi construcción sobre el tema del oro he podido también aportar algunos nuevos datos— que la contribución militar de la Unión Soviética a la República, en términos de material de guerra, fue muy importante, y en algunos puntos superior a la ayuda prestada por las potencias fascistas a Franco.

—Sin embargo, durante el año 1938 se registró una notable merma en la ayuda proveniente de la URSS...

—Es cierto. Pero esta disminución de la ayuda soviética se produjo por un complejo juego de razones. En primer lugar, por dificultades de pago: la República no pagaba. Se dirá: «Pero si los rusos tenían el oro...». Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas: en realidad, el oro se convertía en divisas, y esas divisas se enviaban a Francia, donde la República disponía de ellas. Con esos dólares, o esas libras, la República atendía sus compromisos frente a los países occidentales, tratando al mismo tiempo de conseguir la ayuda soviética a crédito. Por su parte, los rusos estaban dispuestos a conceder esa ayuda a crédito hasta ciertos límites. En el fondo, lo que querían eran las divisas. Así, en el otoño del 37 y a principios del 38 se registra una verdadera pugna entre el embajador republicano en Moscú y las grandes instancias del régimen soviético, durante la negociación de un acuerdo de préstamo. Finalmente, hacia marzo, se logra este acuerdo, y la República recibe un préstamo de cincuenta millones de dólares, lo que en realidad no es mucho, aunque en aquella época no dejaba de ser significativo. Esos cincuenta millones se agotaron inmediatamente. Y volvie-



Vinas establece una separación nítida entre la política exterior de Stalin —«fría, extremadamente lúcida»— y la proyección de su confrontación interna con el trotskismo en otros países. En España, víctima de esa proyección fue Andrés Nin, líder del POUM, enfrentado violentamente con el Partido Comunista.

ron a surgir las dificultades de pago, con lo cual Pascua, que ya había sido trasladado a París, tuvo que volver a Moscú y negociar un nuevo acuerdo de crédito con Stalin. Estas dificultades financieras trabaron el flujo continuado de ayuda.

»En segundo lugar, se debe consignar que la situación internacional era bastante tensa en el verano del 38. Tras la experiencia del «Komsomol», los rusos trataban de evitar, en lo posible, el envío de material de guerra en barcos soviéticos. Lo hacían a través de barcos ingleses, americanos o españoles. Pero en aquellos momentos de tensión internacional, también esto se paralizó.

»Por último, es probable que, por esta época, Stalin quisiera ejercer presión sobre el gobierno republicano. Sin embargo, cuando la crisis internacional amainó, tras el acuerdo de Munich, la URSS reanudó los suministros en gran escala. Pero ya era demasiado tarde. Este material empezó a llegar a finales de 1938, y no cabe pensar otra cosa que, si Stalin hubiese abandonado verdaderamente a la República, estos envíos no se habrían realizado. Y suponer que Stalin pudiera extraer ya entonces, tras Munich, y perfilándose de alguna manera en el horizonte el acercamiento con Alemania, resultados muy positivos de su continuada asistencia a la República, no me parece que sea una línea de argumentación muy seria. Lo que sí está claro es que, tras el golpe de mano de Casado y la defenestración del gobierno de Negrín y del Partido Comunista, Stalin perdió absolutamente el escaso interés que aún pudiera tener por la República.

—Obviamente, usted toca todos estos temas en «El oro de Moscú». ¿Pero cuál es la estructura del libro, en la que se articulan?

—Así como la primera versión del libro, que fue secuestrado y luego desbloqueado, es un análisis puramente técnico, contable y aburrido de la operación, la segunda versión, una vez conocidos los resultados de aquella y encontrada nueva documentación en archivos españoles y no españoles, sitúa la venta del oro a la URSS y a Francia dentro de un triple marco: 1.º) el de las finanzas de guerra de la República, o sea, cómo la República financió la guerra; 2.º) el de las relaciones intergubernamentales hispano-soviéticas; y 3.º) el de la comparación con la financiación de Franco a través de la ayuda alemana e italiana. En lo que se refiere a este tercer punto, las conclusiones son bastante novedosas, ya que la financiación de Franco es un tema poco tocado en la literatura. En mi libro, he cifrado con precisión el volumen de esta ayuda, que fue



Juan Negrín, a juicio de Viñas la personalidad más interesante de la época de la guerra civil, y también el gran estadista de la República. La historia no ha dicho todavía su última palabra sobre él.

superior a la recibida por la República en términos financieros. La República movilizó alrededor de 700 ó 800 millones de dólares, a través, esencialmente, del oro. En cambio, la valoración italiana y alemana de la ayuda superó esa cifra. Las conclusiones del libro están contenidas un poco en lo que he dicho antes, al analizar el carácter de la intervención soviética.

»Debe señalarse también que «El oro de Moscú» está encuadrado en el marco de la intervención soviética en la guerra civil, única y estrictamente en la medida en que lo permite la base documental original que he manejado. En primer lugar, porque creo que esto es ya una aportación de entrada, y luego porque dicha documentación permite poner en serio entredicho mucho de lo que, al respecto, figura en buena parte de la literatura. Para esta segunda edición he consultado numerosos archivos particulares, pero, en especial, el del que fue embajador en Moscú durante la República, el doctor Marcelino Pascua. A éste —hay que subrayarlo— nunca se le dio en la literatura el lugar que le corresponde; no destelló para nada en ella. Sin embargo, Pascua tenía material muy importante, que permite clarificar muchos aspectos relativos a la operación del oro.

»También he mantenido conversaciones con



Tras el golpe de mano de Casado, Stalin perdió todo interés en la República, abandonándola a su suerte. En la foto, brigadistas internacionales poco antes de rendirse a las fuerzas «nacionales», frente a la Ciudad Universitaria.

gente que, si bien no conocía estrictamente la operación del oro —que, de hecho, era conocida por muy pocas personas—, en cambio estaba al tanto del tenor de las relaciones intergubernamentales hispano-soviéticas. Pero importa mucho destacar que las conclusiones a las que llego no se basan tanto en entrevistas como en documentos, los que, por otra parte, pueden ser comparados y examinados por otros autores. Aquí, las entrevistas han tenido el valor de ponerme un marco de referencia, mucho más vívido de lo que se desprende de los propios documentos, en torno a Negrín, a Pascua y, en general, a la vida de la embajada española republicana en Moscú, en los años de la guerra.

—Entre los documentos del embajador español, ¿figura alguno que pueda ser considerado de especial interés histórico sobre Stalin o sobre la Rusia de la época?

—En el mundo occidental hay, en general, muy pocos trabajos que describan desde la perspectiva de un diplomático extranjero cómo se contemplaba a la Rusia de Stalin en los años anteriores a la guerra mundial. A mí sólo se me ocurre pensar en el libro del que fue embajador de los Estados Unidos por aquella época, que he utilizado en «El oro de Moscú», pero que hay que tomar con mucha precau-

ción, y también en las «Memorias» del consejero de la embajada belga, publicadas hace poco más de un año, pero que, lamentablemente, no abarcan el período de las purgas stalinistas. Tomando como referencia este exiguo material de origen diplomático, Pascua no fue una excepción. Fuera de los borradores de informes o de las copias de informes existentes en su archivo, allí no se puede encontrar ninguna apreciación de orden general sobre la Rusia soviética, y menos sobre su líder máximo, Stalin. Aparecen, sí, en algunos documentos, ciertas impresiones sobre la política soviética del momento, o sobre algunos dirigentes, pero no son de trascendencia. El problema era que muchas de las comunicaciones del embajador tenían que hacerse utilizando medios anómalos; incluso hubo un momento —sobre todo al principio del montaje de la embajada—, en que las comunicaciones se hicieron a través de la valija diplomática soviética. Esto, necesariamente, debía originar una actitud de gran cautela. Además, Pascua sospechaba que los rusos tenían la clave de las comunicaciones, y no por nada, ya que la embajada republicana en Berlín —que se mantuvo hasta noviembre del 36— había sido objeto de espionaje por parte de los nazis, que habían descifrado el código de los mensajes

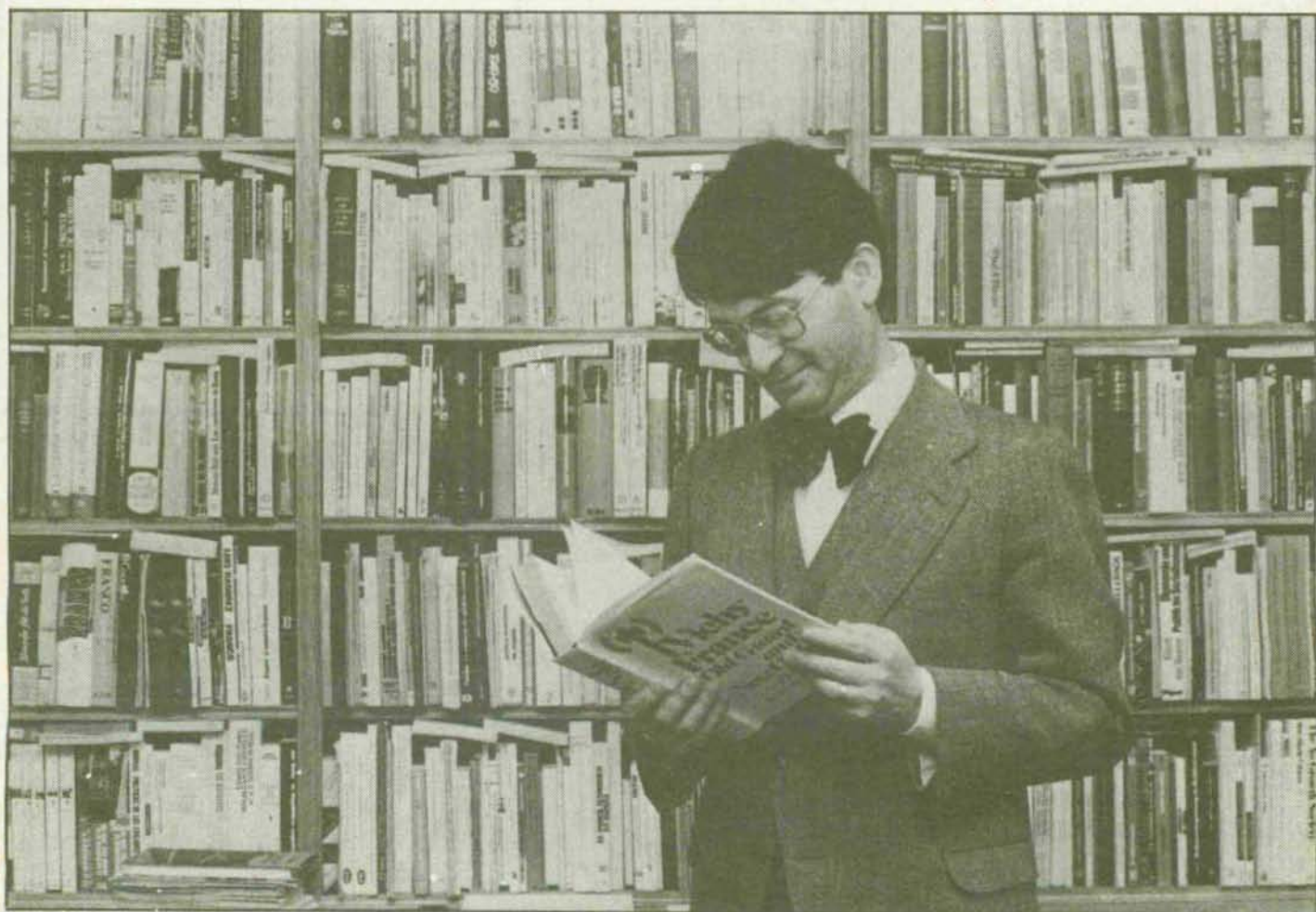
diplomáticos. Se podía pensar que los rusos harían lo mismo, y, ciertamente, no les hubiera resultado difícil, ya que, en opinión de los expertos soviéticos, las claves republicanas eran muy simples. Más tarde se estableció un servicio regular de valijas Moscú-Madrid a través de países como Checoslovaquia o Finlandia. Bajo este cúmulo de circunstancias, el embajador, naturalmente, no podía ser muy explícito.

»Por lo demás, Pascua viajaba periódicamente a España, e informaba de palabra. En muchos casos, los propios informes escritos eran ampliados de palabra. ¿Habrá quedado constancia de esas palabras? No lo sabemos. En cuanto a la documentación de la embajada, fue quemada antes de ser entregada a la URSS. Concretamente, he hablado con el funcionario que quemó los papeles. Allí no quedó nada. Por lo que respecta a otra posible fuente de información —el Ministerio de Estado—, todos aquellos papeles que, supongo, estarían en manos del ministro de turno, Alvarez del Vayo o Giral, también han desaparecido. En suma, reconstruir la política bilateral de un régimen desaparecido, como es el caso de la República, con otro régimen, como el de la

URSS, una dictadura férrea, plantea dificultades muy graves, que al historiador no se le presentan, sin embargo, en el caso de las relaciones de la República con Francia, Inglaterra o Estados Unidos. No se le presentan, al menos, en el mismo grado.

—**Para terminar, y saliendo un poco del tema específico de su libro, ¿cuál es, a su juicio, la personalidad más interesante del período republicano?**

—Como lo he señalado antes incidentalmente, esa personalidad, sin duda, fue la de Negrín. Sin embargo, creo que no se le ha hecho justicia, y que la historia no ha formulado aún su última palabra sobre él. Negrín, en mi opinión, no sólo fue el personaje más interesante, sino también el más complejo, y, desde luego, el gran estadista de la República. Claramente superior a Azaña, al revés de éste, y de tantas otras figuras relevantes de la época, no dejó memorias (o, al menos, si las dejó, no se han hecho públicas), por lo que la tarea de reubicarlo históricamente, a través de una maleza de datos y de opiniones contradictorias, se hace doblemente apasionante. ■ **(Declaraciones recogidas por Ricardo Dessau).**



La obra de Viñas es el resultado de años de exhaustiva investigación en documentos inéditos. «El oro de Moscú» recoge los resultados de esa investigación, a la que incorpora un marco interpretativo de las relaciones intergubernamentales hispano-soviéticas de la época. (Foto: Raúl Hernández).